



FOTOHISTORIA DE CARTAGENA

LUIS MIGUEL PÉREZ ADÁN
Historiador y documentalista

Martínez Cabrera: gobernador militar de Cartagena, leal a la República

Cartagena, julio de 1936. No era una plaza más ni un destino secundario. Era el Arsenal, la principal base naval del Mediterráneo, el corazón logístico y operativo de la Armada. Quien controlara Cartagena controlaba buena parte del pulso inicial del conflicto. Al frente de la gobernanación militar se encontraba entonces el general Toribio Martínez Cabrera, un nombre hoy prácticamente desconocido en la ciudad, pese a haber sido decisivo para que el Alzamiento no triunfara al inicio de la Guerra Civil Española.

Martínez Cabrera no fue un militar de consignas ni de gestos grandilocuentes. Hijo de Vicente Martínez Crespo y Juana Cabrera Fernández, se alistó voluntario en 1892 y se formó en la Academia de Infantería de Toledo. Combatió en Cuba y, en un momento clave para el Ejército español tras el desastre colonial, apostó por una carrera poco habitual: el Estado Mayor. Ingresó en la Escuela Superior de Guerra en 1897 y obtuvo el diploma en 1903 como número cuatro de su promoción. A partir de ahí quedó definido su perfil: método, planificación y sentido del deber.

Antes de la Guerra Civil desempeñó responsabilidades civiles y militares de primer nivel. Fue gobernador civil de Badajoz, jefe de Estado Mayor en Vizcaya, jefe de estudios y director de la Escuela Superior de Guerra, ya como coronel y general de brigada. Durante la República ocupó la Subsecretaría del Ministerio de la Guerra. No era un 'outsider' ni un improvisado. Era un hombre del sistema, formado para mandar y para asumir consecuencias.

Cuando en 1936 llegó a Cartagena como gobernador militar, lo hizo para dirigir una de las plazas más sensibles del país. Y cuando el 18 de julio estalló el golpe, no dudó. Mientras en otras bases la ambigüedad, la indecisión o la adhesión al levantamiento facilitaron su triunfo, en Cartagena la sublevación fracasó. Y fracasó, entre otras razones esenciales, porque el gobernador militar se mantuvo leal al Gobierno legítimo y actuó en consecuencia.

No se trató solo de sostener el control de la ciudad o del Arsenal. En los primeros días,



Martínez Cabrera, junto al alcalde César Serrano, pasa revista en Cartagena días antes del inicio de la guerra.



El general Martínez Cabrera arenga a las tropas en el Cuartel de Antiguones de Cartagena en una imagen de julio de 1936.

Martínez Cabrera impidió que la base de hidroaviones de San Javier, que se había sumado al levantamiento, consumara su incorporación efectiva. Esa intervención tuvo un efecto inmediato: acentuó el desequilibrio inicial de medios aéreos a favor del Ejército Popular. Es un detalle técnico, pero decisivo. En una guerra moderna, y ya en 1936 lo era, el control del aire cuenta tanto como el del mar o la tierra.

Se puso al frente de las primeras columnas organizadas en la ciudad para neutralizar focos de sublevación en el sureste peninsular, particularmente en Hellín y Albacete, donde el movimiento insurgente había intentado afianzarse. Desde Cartagena salieron fuerzas leales bajo su dirección, y fue él mismo quien arengó a las tropas antes de su partida,



Gobernador militar de Cartagena, Toribio Martínez Cabrera en 1936.

apelando a la disciplina, a la lealtad al Gobierno legítimo y al deber militar.

Aquella imagen –el gobernador militar despidiendo a las



Toribio Martínez Cabrera al final de la Guerra Civil.

fuerzas que partían desde el puerto y los cuarteles cartageneros para sofocar las sublevaciones vecinas– simboliza el compromiso de la ciudad en aquellos días críticos. Cartagena no solo permaneció fiel; también proyectó esa fidelidad hacia el exterior. Y en esa decisión, en esa salida de tropas bajo su mando, se concreta de forma tangible la relación entre el general y la ciudad: una relación breve en el calendario, pero determinante en la historia.

Conviene decirlo sin rodeos: si Cartagena se hubiera sublevado, el golpe habría contado desde el primer momento con la flota, los astilleros, los depósitos, la logística naval y un puerto seguro de primer orden. Tal vez la guerra no se habría evitado, pero su desarrollo inicial habría sido radicalmente

distinto. La resistencia republicana habría perdido una pieza clave y el conflicto podría haberse inclinado en cuestión de días. La decisión tomada en Cartagena tuvo, por tanto, una dimensión que va mucho más allá del ámbito local.

Tras aquellos primeros combates, Martínez Cabrera fue nombrado jefe del Estado Mayor del Ejército, aunque su permanencia en el cargo fue breve. Sus discrepancias con el Partido Comunista, cada vez más influyente en la estructura militar republicana, provocaron su relevo. El choque no fue tanto ideológico como de modelo: frente a la politización del mando, defendía disciplina, autoridad y unidad de acción.

Nombrado inspector general del Ejército del Norte tras la caída de Bilbao, redactó un informe demoledor en el que señalaba indisciplina, crisis de autoridad y falta de coordinación como causas del fracaso. Aquella franqueza le costó caro. Acusado de traición por sus enfrentamientos con el Partido Comunista, fue encarcelado. Salió pronto, pero quedó arrinconado. Fue destinado como gobernador militar de Madrid con funciones meramente burocráticas, según señaló Salas Larrazábal. Allí le sorprendió el final de la guerra.

El desenlace fue tan previsible como trágico. Juzgado en Consejo de Guerra sumarísimo el 30 de mayo de 1939, fue condenado a muerte por «rebelión militar». La paradoja es evidente: el militar que había impedido el triunfo del golpe en una de las plazas clave de España fue fusilado por rebelión. El 23 de junio de 1939 murió en Paterna, sin honores y sin reconocimiento.

Décadas después, el propio Ejército español realizó un gesto simbólico de rehabilitación de su figura. Tardó, pero significativo. Sin embargo, Cartagena sigue sin conocerlo. No hay referencias públicas que expliquen quién fue aquel general que, en uno de los momentos más decisivos de la ciudad, asumió su responsabilidad y actuó.

Toribio Martínez Cabrera no fue un héroe cómodo ni un personaje de relato simple. Fue un militar profesional que, cuando llegó la hora, entendió que en Cartagena no cabían las medias tintas. La ciudad, que tantas veces ha sido clave y tantas veces olvidada, mantiene con él una deuda de memoria. Porque en julio de 1936, mientras todo se derrumbaba, hubo quien sostuvo Cartagena. Y ese nombre merece ser dicho.